

JESUCRISTO, CENTRO DE LA ESCRITURA Y TRADICION

Un principio hermenéutico en Ignacio de Antioquía

PIO G. ALVES DE SOUSA

Las peculiares características de los Padres Apostólicos hacen particularmente gratos, aunque no fáciles, los estudios que intentan hacerlos salir de su discreto silencio. Estos autores son, en su generalidad, ricos en sugerencias, como rica era la vida de la que nacían y a la que alimentaban, pero bajo un ropaje literario sencillo, reacio a cualquier apariencia de sistematización. Esto puede prestarse a dos extremos, igualmente viciosos: pensar que los grandes problemas doctrinales no están, ni siquiera latentes, en esta literatura; o, por el contrario, utilizarlos, por lo que dicen o por lo que no dicen, como argumento para afirmar o negar todo y cualquier elemento de la doctrina cristiana. De ahí lo interesante y delicado de las operaciones de rastreo en este ámbito de la literatura patristica.

Lo que acabamos de afirmar es aplicable, en mayor o menor medida, a todos los escritos que, clásicamente, suelen catalogarse bajo esta designación de «Padres apostólicos»¹. Pero, no será exagerado decir que las Cartas de Ignacio de Antioquía² son un ejemplo par-

1. Esta es la lista más habitual de «Padres apostólicos»: *Epístola de Barnabé*, *1 Clementis*, *Cartas de Ignacio de Antioquía*, *Epístola de Policarpo de Esmirna*, *Pastor de Hermas*, *Epístola a Diogneto*, *Didache*, *Fragmentos de Papias*; cfr. v.gr., J. QUASTEN, *Patrología*. I. *Hasta el Concilio de Nicea*, BAC, Madrid 1961, 49.

2. No nos detenemos a examinar todas las discusiones que en los últimos años han vuelto a levantarse alrededor de la autenticidad de las *Cartas* de Ignacio de Antioquía. Recordamos, simplemente, algunos de los principales momentos de esta nueva crisis ignaciana: Cfr. R. WEIJENBORG, *Les Lettres d'Ignace d'Antioche. Étude de Critique Littéraire et de Théologie*, Leiden 1969 (cfr. nuestra recensión a este libro en *ScrTh*, VII, 1975, 897-899); J. RIUS-CAMPS, *Las Cartas auténticas de Ignacio, el Obispo de Siria*, en «*Revista Catalana de Teología*», II (1977) 31-149; J. RIUS-CAMPS, *La interpolación en las Cartas de Ignacio. Contenido, alcance, simbología, y su relación con la Didascalía*, en *Ibid.*, 285-371; R. JOLY, *Le dossier d'Ignace d'Antioche*, Bruxelles 1979. En el artículo *A propos d'Ignace d'Antioche*, en «*Revue des Sciences Religieuses*», LIV (1980) 55-73, CH. MUNIER, hace un estu-

ticamente claro de cuanto queda dicho, y especialmente en lo que se refiere al tema que pretendemos abordar: Jesucristo, centro de la Escritura y Tradición.

Leer a Ignacio de Antioquía con la esperanza de encontrar en él definiciones de Revelación, formulación de criterios exegéticos o llamamientos formales a una especial consideración de la Tradición, sería ignorar lo más típico de este entrañable conjunto de cartas: su tono familiar. Pero esto no significa —como muchas otras veces aconteció, a lo largo de la historia— que no tengan una muy notable densidad de doctrina: desentrañar algo de su contenido es nuestro objetivo.

Desarrollaremos este trabajo partiendo de la consideración de la evidente centralidad del misterio de Cristo en los escritos de Ignacio de Antioquía. No tendremos la preocupación de recoger todos y cada uno de los lugares en los que se apoya esta idea: ofreceremos sencillamente unas pistas para ver cómo la vida de la Iglesia gira (diríamos, con absoluta naturalidad) alrededor de Cristo, es una vida en Cristo. En El confluyen, de El parten, por El pasan Escritura y Tradición. Es fácil prever, partiendo de aquí, la profunda interrelación, la unidad, en que aparecen envueltas, en Ignacio de Antioquía, la Palabra de Dios, su transmisión y la vida que originan: esta será —esperamos— la conclusión obvia de nuestro trabajo, después de haber analizado, separadamente, lo que se relaciona con la Sagrada Escritura y con lo que, un tanto prematuramente, podríamos sintetizar en la palabra Tradición.

1. CENTRALIDAD DEL MISTERIO DE CRISTO

La presencia de Verbo Encarnado en las Cartas de Ignacio de Antioquía es algo que llama notablemente la atención. La frecuente re-

dio comparativo de los trabajos de RIUS-CAMPS y JOLY. También R. GRYSOY, *Les Lettres attribuées à Ignace d'Antioche et l'apparition de l'épiscopat monarchique*, en «Revue Théologique de Louvain», X (1979) 446-453, analiza con detalle el libro de R. JOLY, llamando la atención sobre la falta de serenidad con que, algunas veces, se actúa en este tipo de investigaciones. Sin pretender emitir un juicio sobre el valor que estos trabajos puedan merecer, hacemos nuestras estas palabras de R. GRYSOY: «que ces *Lettres* soient ou non authentiques, et qu'elles datent des environs de 165 plutôt que de 110, on peut dire tranquillement que cela n'a, du point de vue théologique, aucune importance» (*l.c.*, 451).

ferencia al nombre de Cristo ³, en contexto de gran densidad doctrinal, ayuda a descubrir que no es un hecho casual que, desde los tiempos de la estancia de Bernabé y Pablo en Antioquía, a los seguidores de Cristo se les llame cristianos ⁴.

«Sólo una cosa importa: que nos hallemos en Jesucristo para el verdadero vivir. Fuera de El, nada diga con vosotros» ⁵. En Cristo está y consiste la vida de los cristianos. Y esto que, con formulaciones similares, podemos encontrar repetido con enorme frecuencia a lo largo de la historia de la literatura teológica tiene aquí una particular fuerza: se nota, por todo el contexto, que esta afirmación no es principalmente fruto de una reflexión, sino de la verificación de la propia vida de los creyentes. Cristo lo es todo para los cristianos. La unión con Dios, con Cristo, es el *habitat* de la fidelidad, del crecimiento en las virtudes, del cumplimiento de las exigencias de la propia vocación cristiana ⁶.

Cristo es esa luz, más potente que todas las otras luces, que a todas supera y que deshace el poder de las tinieblas y sus consecuencias ⁷. Por eso, con razón, se pregunta Ignacio:

«Mas cómo es que no nos volvemos todos prudentes, después de haber recibido el conocimiento de Dios, que es Jesucristo (θεοῦ γινώσκων, ὃ ἐστὶν Ἰησοῦς Χριστός)? ¿Por qué neciamente perecemos, por desconocer la dádiva (τὸ χάρισμα) de gracia que nos ha enviado verdaderamente el Señor?» ⁸.

No aceptar a Cristo —θεοῦ γινώσκων— es mantenerse deliberadamente en las tinieblas de la ignorancia y de la muerte: es adoptar una actitud insensata ⁹ y necia ¹⁰ que repudia el don que Dios nos hace en Cristo. Para los que se mantienen en esa postura, lo mismo da que se llamen judíos que cristianos, que sean circuncidados o incircuncisos: «si ni

3. A lo largo de las *Cartas* de Ignacio de Antioquía se menciona alrededor de 150 veces el nombre de Jesucristo o de Cristo.

4. Cfr. *Act.* 11, 26.

5. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Ef.*, XI, 1-2, F. X. FUNK, *Patres Apostolici*, 2.^a ed., vol. I, Tubingae 1901, 222, 454. Utilizaremos, habitualmente, la traducción castellana de D. RUIZ BUENO, 2.^a ed., BAC, Madrid 1967: el último número de la cita corresponde a la página de esta obra.

6. Cfr. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Fil.*, I, 2, F. X. FUNK, *o.c.*, 264.

7. Cfr. IDEM, *Ef.*, XIX, 2-3, *Ibid.*, 228.

8. IDEM, *Ef.*, XVII, 2, *Ibid.*, 226, 457.

9. ἄσυνετος: cfr. A. BAILLY, *Dictionnaire Grec Français*, ed. rev. por L. SÉCHAN - P. CHANTRAINE, Paris 1950, 2099.

10. Μωρῶς: cfr. *Ibid.*, 1310.

uno ni otro hablaben de Jesucristo, esa gente sólo son para mí estelas funerarias y sepulcros de muertos, sobre los que sólo hay escritos meros nombres de hombres...»¹¹.

Cristo es, pues, la vida y el único secreto de la vitalidad de los cristianos. Por eso, Ignacio, en su saludo a la Iglesia de Roma, la alaba, porque es «χριστόνομος, πατρώνυμος»¹²: además de estar adornada con el nombre del Padre (πατρώνυμος), se identifica con la ley de Cristo, es *crístónoma*. El propio Ignacio reconoce en su profunda vinculación a Cristo la fuente del amor y de la fuerza de su ministerio episcopal¹³.

2. EL EVANGELIO DE CRISTO

La centralidad del misterio de Cristo, precisamente por su carácter básico con relación a la propia vida de los creyentes, no debe ser una instancia inefable, subjetiva e imprecisa. Dios quiso relacionarse, preceptiblemente, con el hombre, con todos los hombres: Jesucristo es «la boca infalible por la que el Padre nos ha hablado verdaderamente»¹⁴; Dios «se manifestó a sí mismo por medio de Jesucristo, su hijo, que es Palabra suya»¹⁵.

Esta revelación de Dios —Cristo es Dios revelante y revelado— no puede circunscribirse, estrictamente, a la mera cronología de la vida terrena de Jesucristo. Su luz irradia sobre el pasado y el futuro. Los profetas le tuvieron como su maestro y se consideraron sus discípulos en espíritu¹⁶, «inspirados que fueron por su gracia»¹⁷, «vivieron según Jesucristo y por eso fueron perseguidos»¹⁸.

Llama realmente la atención la manera clara como Ignacio de Antioquía destaca la unidad de la revelación en Cristo, ya desde los profetas. «Amemos también a los profetas —escribe—, como quiera que también ellos anunciaron el Evangelio y pusieron en Jesús su espe-

11. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Fil.*, VI, 1, F. X. FUNK, *o.c.*, 268, 484.

12. IDEM, *Rom.*, Int., *Ibid.*, 252.

13. Cfr. IDEM, *Fil.*, V, 1, *Ibid.*, 266.

14. IDEM, *Rom.*, VIII, 2, *Ibid.*, 262, 479.

15. IDEM, *Mag.*, VIII, 2, *Ibid.*, 236, 463.

16. Cfr., IDEM, *Mag.*, IX, 2, *Ibid.*, 238.

17. IDEM, *Mag.*, VIII, 2, *Ibid.*, 236, 463.

18. *Ibid.*

ranza y aguardaron su venida. Y por haber creído en El se salvaron, estando que estaban en la unidad (ἐν ἐνότητι) de Jesucristo. Santos, en fin, merecedores de nuestro amor y admiración, como que fueron atestiguados por Jesucristo y contados en el Evangelio de la común esperanza»¹⁹. Partiendo de este presupuesto, se entiende que nuestro autor identifique a los que niegan a Cristo con aquellos «a quienes no han logrado convencer los profetas ni la ley de Moisés, ni siquiera, hasta el presente, el Evangelio mismo, ni los sufrimientos de cualesquiera de nosotros»²⁰. La salvación o la condenación está, pues, siempre vinculada a la aceptación de Cristo, en cualquier época: antes o después de su venida.

Es necesario, por lo tanto, adherirse a toda la Revelación, toda nos habla de Cristo. Sin embargo, el Evangelio ocupa un lugar de especial relieve. Para evitar el contagio de la herejía escribe Ignacio de Antioquía, es necesario «prestar toda la atención a los profetas, y señaladamente al Evangelio, en el que la pasión se nos hace patente y vemos cumplida la resurrección»²¹. Es lógico que así sea. En efecto, la importancia de los profetas les adviene precisamente del hecho de que son sombra, preparación del Evangelio y en éste se nos ofrece la plenitud de la manifestación de Dios y se cumplen todas las expectativas. «Algo, no obstante, escribe nuestro autor, tiene de más excelente el Evangelio, a saber: la venida del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, su pasión y su resurrección. Y es así que los profetas, a los que amamos, a El anunciaron; mas el Evangelio es el acabamiento y perfección de la incorrupción»²². Así, por lo tanto, al mismo tiempo que se destaca la unidad de la Escritura, en Cristo, se acentúa también la relación entre cada uno de los cuerpos que la integran.

Podemos dar un nuevo paso, siguiendo a nuestro autor. El Evangelio, considerado como palabra escrita, ¿es la última instancia para el conocimiento de la Revelación, para el apoyo en la profunda relación del hombre con Dios?

Pensamos que Ignacio nos proporciona pistas de respuesta a esta pregunta en un texto en el que, una vez más, apela a la unidad y recuerda sus sólidos fundamentos:

«Sin embargo, yo os exhorto a que nada hagáis por espíritu de contienda, sino cual dice a discípulos de Cristo. Os

19. IDEM, *Fil.*, V, 2, *Ibid.*, 268, 484.

20. IDEM, *Esm.*, V, 1, *Ibid.*, 278, 491.

21. IDEM, *Esm.*, VII, 2, *Ibid.*, 282, 492-493.

22. IDEM, *Fil.*, IX, 2, *Ibid.*, 272, 486-487.

lo advierto porque yo oí a algunos que decían: —Si no lo encuentro en los archivos, lo que es en el Evangelio yo no creo (ἐὰν μὴ ἐν τοῖς ἀρχείοις εὕρω ἐν τῷ εὐαγγελίῳ οὐ πιστεύω). Contestéles yo: —Pues está escrito. Y me respondieron ellos: —Es lo que hay que probar. Ahora bien, para mí todos los archivos se cifran en Jesucristo; los archivos intangibles son su cruz y su muerte, y su resurrección y la fe que de El nos viene. En esos archivos quiero, por vuestra oración, ser justificado»²³.

Según los fautores de las contiendas y de la desunión, a que hace alusión San Ignacio, el Evangelio, y su veracidad, tendría que ser confrontado con otra literatura; en caso de que no coincidiera debería ser puesto de lado. No está claro si estos contradictores eran judaizantes que oponían el Evangelio al Antiguo Testamento o judeo-gnósticos que pretendían establecer la comparación entre el Evangelio y las *verdaderas tradiciones*, los «archivos»²⁴. Evidentemente, por «archivos», San Ignacio y sus opositores entienden cosas diferentes: una lectura cristiana del Antiguo Testamento o una lectura judaizante, cerrada a cualquier relación con el Nuevo; o, en la segunda hipótesis, las verdaderas tradiciones apostólicas o las tradiciones secretas de las respectivas sectas.

En cualquier caso, San Ignacio se apoya, en primer lugar, en el recurso a la instancia visible que es el Evangelio. Pero como, en medio de esta confusión, pretendieran cuestionarle la comprensión de la carta magna de la fe cristiana, encuentra la manera de resolver, radicalmente, por lo menos para los cristianos —y ése era su público—, esta aporía: la solución, una vez más, es Cristo. Su muerte y resurrección y la fe que mana de esa fuente es su «archivo inviolable», su justificación. Como diciendo: aunque, aparentemente, me quitaran

23. *Idem*, *Fil.*, VIII, 2, *Ibid.*, 270 y 272, 486. La perícopa, cuyo texto griego transcribimos, es puntuada de modo diverso por los autores. Unos colocan una coma simplemente después de εὔρω, estableciendo así una oposición entre «archivos» y «evangelio»; otros escriben entre comas la expresión «ἐν τῷ εὐαγγελίῳ» considerando así el «evangelio» como una oposición a «archivos». Está entre los primeros, además de otros, P. TH. CAMELOT, autor de la edición crítica de IGNACE D'ANTIOCHE. POLYCARPE DE SMYRNE, *Lettres. Martyre de Polycarpe*, 4.^a ed., SC 10, éd. du Cerf, Paris 1969, 127-129; defiende la segunda lectura, acompañado también de otros críticos (cfr. *Ibid.*), F. X. FUNK, *o.c.*, 270-272. Seguimos la lectura de SC.

24. P. TH. CAMELOT, *o.c.*, 128-129, se inclina por la primera posición; J. KLEVVINGHAUS, citado por P. TH. CAMELOT, *o.c.*, 129, defiende la segunda, que también a nosotros nos parece que es la que mejor se encuadra en el contexto.

todo no me importaría: ¡yo tengo a Cristo! Al mismo tiempo, ciertamente, da a los fieles un criterio para el discernimiento de lo revelado como revelado. El criterio intocable es Cristo muerto y resucitado: este es el norte de toda y cualquier interpretación, de toda y cualquier tradición que pretenda ser transmisora de la verdadera revelación²⁵.

Esta concepción presupone, a nuestro entender, una genuina comprensión de lo que es la Escritura. No es, en última instancia, algo *a se*, desvinculable de la fe y de la vida de fe: forma un todo con la totalidad de la vida del creyente. Esta concepción tiene, lógicamente, una incidencia, pensamos que constatable, en el modo como Ignacio usa la Biblia. Por un lado es evidente que sus Cartas rezuman Sagrada Escritura²⁶, pero su uso no es ostensivo: mana con naturalidad. No son fácilmente detectables largas frases bíblicas literales: aparecen los contenidos y el texto está salpicado de vocablos y breves expresiones de sabor bíblico²⁷. De ahí la gran diversidad de notas de la Sagrada Escritura en las ediciones de estas Cartas. Por ejemplo, Camelot, en SC²⁸, recoge 33 citas literales y 67 precedidas de cfr., Funk²⁹ apunta 37 literales y 14 referencias y en D. Ruiz Bueno³⁰ disminuye el número: se reconocen simplemente 4 citas textuales y 35 no textuales.

Hay aún otro detalle que vale la pena señalar. Se encuentran solamente dos citas, las dos del libro de los Proverbios³¹, en las que se

25. En *Ef.*, XII, 2, F. X. FUNK, *o.c.*, 222, S. Ignacio habla de la vinculación de S. Pablo a los Efesios y, al referir sus Cartas, destaca también su acento cristológico.

26. Es lugar común la afirmación del especial influjo de S. Juan y S. Pablo en las Cartas de Ignacio de Antioquía. Cfr., v.gr., F.-M. BRAUN, *Jean le Theologien et son Évangile dans l'Église Ancienne*, ed. Gabalda, Paris 1959, 270 ss.; D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, *o.c.*, 384 ss. Sin embargo, para un estudio más detallado de la presencia del Nuevo Testamento en las Cartas de S. Ignacio, cfr. E. MASSAUX, *Influence de l'Évangile de saint Matthieu sur la littérature chrétienne avant saint Irénée*, ed. Publications Universitaires de Louvain-J. Doculot, Louvain-Gembloux 1950, 94-135. Recuerda el autor el especial influjo de S. Pablo, particularmente Efesios, y demuestra el influjo de S. Mateo; defiende un influjo mínimo de Marcos, Lucas y Hechos. Por lo que respecta a S. Juan, sostiene, como sería de esperar, una muy notable presencia de ideas joáneas, aunque, literariamente, sean poco detectables.

27. Ciertamente que se podría aducir como razón para este hecho el uso de la época de citar sólo genéricamente, o incluso la menor fijación de los textos bíblicos. Pensamos, sin embargo, que, sin negar el posible influjo de esas circunstancias, este *modus faciendi* es reflejo de una actitud personal ante la Escritura.

28. P. TH. CAMELOT, *o.c.*, 56-155.

29. F. X. FUNK, *o.c.*, 212-295.

30. D. RUIZ BUENO, *o.c.*, 447-502.

31. *Prov.* 3, 34 y también *Iac.* 4, 6 y *1Ped.* 5, 5; *Prov.* 18, 17.

usa la Escritura a modo de argumento: los textos son introducidos con las expresiones «porque está escrito»³² y «como está escrito»³³. En todos los demás lugares es patente la continuidad y unidad entre la fe, y su expresión, y la Escritura: esta no es *argumento*, se identifica con la *tesis*.

Para cerrar este breve punto, nos gustaría recuperar una idea: la acentuación de la importancia de Cristo no supone, de ninguna manera, una minusvaloración o una subjetivación del interés del Evangelio, y por tanto de la totalidad de la Escritura. Por el contrario, lo recalca y da la medida del cuadro de su comprensión e importancia. San Ignacio, en la carta a los cristianos de Filadelfia, habla de sí mismo como de alguien que está «refugiado en el Evangelio como en la carne de Cristo y en los Apóstoles como en el senado de la Iglesia»³⁴. Lo que hay, por lo tanto, como no podría dejar de ser, es el reconocimiento de una profunda identificación entre Cristo y su palabra o, si se quiere más ampliamente, entre Cristo, Palabra del Padre³⁵, y su Palabra.

Más allá del Evangelio, o conjuntamente con él, San Ignacio refiere que se refugia «en los Apóstoles como en el senado de la Iglesia»³⁶. Procuraremos ver, en el epígrafe siguiente, el alcance de las connotaciones de esta idea.

3. LOS SEGUIDORES DE CRISTO

En un elogio a los cristianos de Efeso, el Obispo de Antioquía habla de ellos como de cristianos «que estuvieron en todo tiempo acordes con los Apóstoles por la virtud (ἐν δυνάμει) de Jesucristo»³⁷. La meta, el centro es siempre Cristo, pero necesitamos mediaciones que, después de la venida del Mesías, pasan por los Apóstoles. Por eso, porque es necesaria la unión con Cristo, se requiere la vinculación con los Apóstoles y, lógicamente, con aquellos que les suceden. Ignacio de Antioquía, aunque reconozca no tener la autoridad de los

32. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ef.*, V, 3, F. X. FUNK, *o.c.*, 218.

33. IDEM, *Mag.*, XII, *Ibid.*, 240.

34. IDEM, *Fil.*, V, 1, *Ibid.*, 268, 484.

35. Cfr. IDEM, *Mag.*, VIII, 2, *Ibid.*, 236.

36. IDEM, *Fil.*, V, 1, *Ibid.*, 268, 484.

37. IDEM, *Ef.*, XI, 2, *Ibid.*, 222, 454.

Doce³⁸, reclama de los fieles que no vivan «en sentir ajeno»³⁹ a la Iglesia; si quieren ser «de Dios y de Jesucristo»⁴⁰ deben estar «con el obispo»⁴¹; la comunión con la jerarquía es exigencia y causa de unidad⁴².

Al acentuar la decisiva importancia de la unidad, nuestro autor desarrolla este tema en varias líneas⁴³. Nos interesa aquí principalmente recoger lo que se refiere a las rupturas ocasionadas por la herejía y al papel medicinal de la unión con la jerarquía.

Los herejes no son «plantación del Padre», son «malas hierbas» que Jesucristo no cultiva⁴⁴. La herejía es un veneno que produce la muerte y que los herejes fabrican mezclando hábilmente a Jesucristo con las propias especulaciones⁴⁵; ¡corrompen «con su mala doctrina, la fe de Dios, por la que Jesucristo fue crucificado!»⁴⁶ y por eso no es extraño que presagie, para ellos y para sus seguidores, «el fuego inextinguible»⁴⁷.

Se impone, por lo tanto, tapar los oídos a la herejía⁴⁸ y usar «solamente del alimento cristiano»⁴⁹. Y del mismo modo que el hereje es el que «habla fuera de Jesucristo (χωρίς Ἰησοῦ Χριστοῦ)»⁵⁰, los que quieren vencer estos ataques de los enemigos de la fe deben mantenerse «inseparables de Jesucristo Dios, de vuestro obispo y de las ordenaciones (διαταγμάτων) de los Apóstoles»⁵¹. Vemos como, en una breve frase, nuestro autor coloca a la misma altura, desde un punto de vista práctico, la importancia de la adhesión a Cristo y a los Apóstoles y la sintonía con el obispo. E insiste en esta idea: si el lobo

38. Cfr. IDEM, *Tral.*, III, 3, *Ibid.*, 244.

39. IDEM, *Fil.*, III, 3, *Ibid.*, 266, 483.

40. IDEM, *Fil.*, III, 2, *Ibid.*

41. *Ibid.*

42. Cfr. IDEM, *Fil.*, VII, 1-2, *Ibid.*, 268 y 270.

43. Es notorio, por ejemplo, el relieve concedido por S. Ignacio a la vinculación de los temas unidad-eucaristía-jerarquía. Tratamos este asunto en nuestro trabajo *A Eucaristia em S. Inácio de Antioquia*, en «Theologica», II, X (1975) 9-21.

44. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Fil.*, III, 1, F. X. FUNK, *o.c.*, 266, 482.

45. Cfr. IDEM, *Tral.*, VI, 2, *Ibid.*, 246.

46. IDEM, *Ef.*, XVI, 2, *Ibid.*, 226, 456.

47. Cfr. *Ibid.*

48. Cfr. IDEM, *Tral.*, IX, 1, *Ibid.*, 248.

49. IDEM, *Tral.*, VI, 1, *Ibid.*, 246. En *Tral.*, IX, 1-2, *Ibid.*, 248; *Esm.*, I, 1-2, *Ibid.*, 274 y 276; *Mag.*, XI, *Ibid.*, 238 y 240, encontramos ya breves profesiones de fe cristológica que serán la base del «Símbolo de los Apóstoles» y que facilitan, en la sintonía con la jerarquía, la identificación del verdadero «alimento cristiano». Cfr. P. TH. CAMELOT, *o.c.*, 100-102.

50. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Tral.*, IX, 1, F. X. FUNK, *o.c.*, *Ibid.*, 248.

51. IDEM, *Tral.*, VII, 1, *Ibid.*, 246, 470.

ataca, el obispo es arrimo segura; «donde esté el pastor, allí debéis, como ovejas, seguir vosotros»⁵².

¿Y dónde echa raíces esta especial preeminencia del obispo?

Ignacio de Antioquía, dirigiéndose a los cristianos de Filadelfia, alaba al obispo de esta Iglesia y recuerda que el origen de su ministerio no se puede encontrar en la ambición personal ni en una concepción humana, sino «en la caridad de Dios Padre y del Señor Jesucristo»⁵³. Se encuadra también, posiblemente, en la misma línea de pensamiento la afirmación según la cual, en su ausencia, Dios será el pastor de Siria y Jesucristo y la caridad de los Romanos ejercerán sobre ella el papel de obispo⁵⁴. La razón de la autoridad del obispo, de su importancia, no radica, pues, en sí mismo, sino en Aquel a quien representa: «Someteos a vuestro obispo como al mandamiento de Dios, y del mismo modo al colegio de los ancianos»⁵⁵. Y, por eso mismo, tanto mayor será su autoridad cuanto más profunda sea su comunión con Dios. Así lo expresa San Ignacio en una alabanza al obispo de la iglesia de Filadelfia: «está tan armoniosamente concertado con los mandamientos de Dios, como las cuerdas con la lira»⁵⁶.

El lugar que ocupan los Apóstoles y sus sucesores como garantes de la unidad en la fe no elimina, sino, al contrario, posibilita y recalca la responsabilidad de todos los demás creyentes. «Así, pues, todos sois también compañeros de camino, portadores de Dios y portadores de un templo, portadores de Cristo, portadores de santidad, adornados de todo en todo en los mandamientos de Jesucristo»⁵⁷. Así debe ser el cristiano: por la comunión con los mandamientos de Cristo⁵⁸, con sus preceptos, vive la vida cristiana. En efecto, la adhesión a Cristo no es teórica, debe haber una fiel coherencia entre la fe y las obras. De este modo se transmiten también los mandamientos: «los que profesan ser de Cristo, por sus obras se pondrán de manifiesto. Porque no está ahora el negocio en proclamar la fe, sino en mantenerse en la fuerza de ella hasta el fin»⁵⁹. Al contrario de lo que ocurre con los que siguen doctrinas ajenas a Cristo, que no viven el amor

52. IDEM, *Fil.*, II, 1, *Ibid.*, 266, 482.

53. IDEM, *Fil.*, I, 1, *Ibid.*, 264, 482.

54. Cfr. IDEM, *Rom.*, IX, 1, *Ibid.*, 262.

55. IDEM, *Tral.*, XIII, 2, *Ibid.*, 250, 473.

56. IDEM, *Fil.*, I, 2, *Ibid.*, 264, 482.

57. IDEM, *Ef.*, IX, 2, *Ibid.*, 220, 453.

58. Cfr. IDEM, *Rom.*, Int., *Ibid.*, 252.

59. IDEM, *Ef.*, XIV, 2, *Ibid.*, 224, 455.

a Dios ni al prójimo⁶⁰, los verdaderos discípulos del Señor instruyen a los demás con sus obras⁶¹ y sus sufrimientos⁶².

El secreto de la fidelidad en la fe y de su transmisión radica en la identificación con Cristo. «El que de verdad posee la palabra de Jesús, puede también escuchar su silencio, a fin de ser perfecto. De esta manera, según lo que habla, obra; y por lo que calla, es conocido»⁶³. Palabra y silencio⁶⁴ son las dos componentes que dan forma y fuerza a esa relación vital de Dios con el hombre y del hombre con los hombres como transmisor de Dios.

* * *

Si quisiéramos destacar alguna nota que nos pudiera servir para definir un criterio de hermenéutica de lo revelado en Ignacio de Antioquía, esa nota habría que escribirla con mayúsculas: es Cristo. Jesucristo es el centro y la cumbre de la Revelación y, por eso, sólo en El se puede comprender la Palabra del Padre. La profundidad y verdad de la penetración en lo revelado no está pautaada por una gnosis racionalizante, sino por la personal vinculación a Cristo.

Por eso la fuerza (*δύναμις*) de la Palabra puede y debe encontrarse en la vida a la que dio origen: la vida de los creyentes. Los Apóstoles y sus sucesores son instancias visibles en la comprensión de la Palabra: sirven a la Iglesia, sirviendo a la unidad que es Jesucristo.

60. Cfr. IDEM, *Esm.*, VI, 2, *Ibid.*, 280.

61. Cfr. IDEM, *Ef.*, X, 1-3, *Ibid.*, 220 y 222.

62. Cfr. IDEM, *Esm.*, V, 1, *Ibid.*, 278.

63. IDEM, *Ef.*, XV, 2, *Ibid.*, 224, 456.

64. Los vocablos *ἡσυχία* y *σιγάω* utilizados por nuestro autor para expresar la idea de silencio tienen aun otros matices que ayudan a entender su contenido: tranquilidad, calma, paz, guardar secreto. Cfr. A. BAILLY, *o.c.*, 910 y 1746.

